

dos mil que distribuyeron los profesores en sus mismos establecimientos.

El número de Oratorios privados en toda la Ciudad es de 14.

Existe el Colegio de Infantes donde se da la educación artística á 10 niños internos que cantan en el coro de la Catedral, mientras conservan su voz tierna; y además de las cátedras de canto y solfeo, tienen también la de instrucción primaria y de Gramática latina.

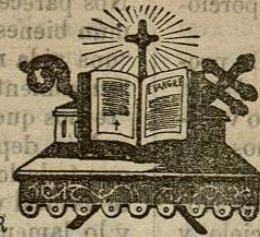
Como acaba de pasar la solemne distribución de premios del Seminario Conciliar, no hablaremos de él por que corre impreso el discurso donde se dá cuenta de tan útil y aprovechado plantel, informando de sus adelantos y del estado que actualmente guarda.

Cada año, en Octubre, se dá una tanda de ejercicios, esclusivamente para los SS. Ecos., á la que concurren cien personas más ó menos.

Illmos. Sres. Obispos que ha dado la Iglesia de Guadalajara.

1 Illmo. Sr. D. Bernardo de Balbuena Cura que fué de Compostela y Obispo de Puerto Rico; 2 Illmo. Sr. D. Fr. Agustín Carvajal, agustino, conventual de Guadalajara y Obispo de Panamá, 3 Illmo. Sr. D. Fr. Francisco Samudio, agustino, doctrinero de S. Pedro de Analco, Obispo de Camarinas; 4 Illmo. Sr. D. Manuel Ignacio de Campeche, Zacatecano; 5 Illmo. Sr. D. Fr. Manuel Mimbela, del Colegio Apostólico de Guadalupe de Zacatecas, Obispo de Panamá, de Oaxaca y por último de Guadalajara; 6 Illmo. Sr. Dr. D. Jacinto Olivera, Dean que fué de esta S. I. Catedral, Obispo de Chiapas; 7 Illmo. Sr. Dr. D. José Antonio Flores de Rivera, Obispo de Nicaragua; 8 Illmo. Sr. Dr. D. Juan José Córdón, Rector del Seminario de esta Ciudad, Obispo de Guadix en España; 9 Illmo. Sr. Dr. D. José María Gómez Villaseñor, Maestrescuelas de esta Catedral y Obispo Electo de Michoacán; 10 Illmo. Sr. Dr. D. Salvador Samartín, Canónigo de la catedral de Guadalajara y Obispo de Chiapas; 11 Illmo. Sr. Dr. D. José Valverde, Obispo de Ca-

racas y después Electo para Valladolid; 12 Illmo. Sr. Dr. D. Juan Gómez de Parada, Obispo de Guatemala, Yucatán y por último de Guadalajara; 13 Illmo. Sr. D. Fr. Antonio López, Obispo de Honduras; 14 Illmo. Sr. Dr. D. José Domingo Sánchez, Dean de esta Catedral, y Obispo Electo de Macra; 15 Illmo. Sr. D. Fr. Francisco Garciadiego, Zapopano, Obispo de California; 16 Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacán; 17 Illmo. Sr. D. Miguel Gordoa, Obispo de Guadalajara; 18 Illmo. Sr. D. Salvador Apodaca, Obispo de Monterrey; 19 Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda, Canónigo de esta Catedral, Obispo de Guadalajara; 20 Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Espinosa, primer Arzobispo de Guadalajara; 21 Illmo. Sr. Dr. D. Francisco de P. Vereá, Obispo de Monterrey y después de Puebla; 22 Illmo. Sr. Dr. D. Carlos M. Colina, Obispo de Chiapas y por último de Puebla; 23 Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Barajas, primer Obispo de S. Luis Potosí; 24 Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio M. Guerra, primer Obispo de Zacatecas; 25 Illmo. Sr. Dr. D. J. del Refugio Guerra, segundo del mismo Obispado; 26 Illmo. Sr. D. Fr. Ramón Moreno, Vicario Apostólico de California, y después Obispo de Chiapas; 27 Illmo. Sr. Dr. D. Eduardo Sánchez, Obispo de Tamaulipas; 28 Illmo. Sr. D. Fr. Buenaventura Portillo, primero Obispo de California, después de Chilapa y actualmente de Zacatecas; 29 Illmo. Sr. Dr. D. Germán Villalvazo, Obispo de Chiapas; 30 Illmo. Sr. Lic. D. Francisco M. Vargas, primer Obispo de Colima y actualmente de Puebla; 31 Illmo. Sr. Arzobispo de Linares D. Jacinto López; 32 Illmo. Sr. Dr. D. Ramón Camacho, segundo Obispo de Querétaro; 33 Illmo. Sr. Dr. D. Rafael Camacho, tercer Obispo del mismo Obispado; 34 Illmo. Sr. D. Fr. José M. Portugal Obispo de Sinaloa; 35 Illmo. Sr. D. Francisco Díaz, segundo Obispo de Colima; 36 Illmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva, tercer Obispo de Colima; 37 Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio Díaz, primer Obispo de Tepic. 1893.



Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

Tom. VII.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 22 DE 1893.

NUM. 46.

SECCION I.

CARTA ENCICLICA

De nuestro Santísimo Padre

León XIII

PAPA POR LA DIVINA PROVIDENCIA

SOBRE

EL SANTO ROSARIO DE MARÍA.

A SUS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y OTROS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNIÓN CON LA SANTA SEDE.

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica.

A la santa alegría que Nos ha causado el feliz cumplimiento del quincuagésimo aniversario de Nuestra consagración episcopal, añádesese vivísima fuente de ventura; es, á saber: que hemos visto á los católicos de todas las naciones, como hijos respecto de su padre, unirse en imponente manifestación de su fé y de su amor hácia Nos.

Reconocemos en este hecho, y lo proclamamos con nuevo agradecimiento, un designio de la Providencia de Dios, una prueba de su suprema benevolencia hácia Nos mismo y una gran ventaja para su Iglesia.

Nuestro corazón anhela colmar de gracias por este beneficio á Nuestra dulcísima intercesora cerca de Dios, á su augusta Madre. El amor particular de María, que mil veces hemos visto manifestarse en el curso de Nuestra carrera tan larga y tan variada, luce cada día más claramente ante nuestros ojos, y tocando Nuestro corazón con una suavidad incomparable, Nos confirma en una confianza que no es propiamente de la tierra.

Parécenos oír la voz misma de la Reina del cielo, ora animándonos bondadosamente en medio de las crueles pruebas á que la Iglesia está sujeta, ora ayudándonos con sus consejos en las determinaciones que debemos tomar para la salud de todos; ora, en fin, advirtiéndonos que reanimes la piedad y el culto de todas las virtudes en el pueblo cristiano. Varias veces se ha hecho en Nos una dulce obligación corresponder á tales estímulos.

Al número de los frutos benditísimos que, gracias á su auxilio, han obtenido nuestras exhortaciones, es justo recordar cuál ha sido el provecho que la Religión ha sacado de la propagación del Santísimo Rosario. Se han acrecentado aquí

Vémosle agobiado de tristeza hasta el punto de que la sangre corre por todos sus miembros como sudor copioso. Vémosle cargado de ligaduras, como un ladrón sometido al juicio de hombres perversos, objeto de odiosos ultrajes y de falsas acusaciones. Vémosle flagelado, coronado de espinas, atado á la Cruz, considerado como indigno de vivir largo tiempo y merecedor de morir en medio de las aclamaciones de las turbas.

Pensamos cuál debió ser, ante tal espectáculo, el dolor de su Santísima Madre, cuyo corazón fué, no solamente herido, sino atravesado de una espada; de suerte que se la ha llamado, y lo es realmente, la Madre del dolor.

Aquel que, no contento con la contemplación de los ojos, medite frecuentemente esos ejemplos de virtud como sentirá renacer en sí la fuerza para imitarlos. Que la tierra sea para él maldita; que no produzca más que espinas y zarzas; que su alma sufra todas las amarguras posibles; que la enfermedad agobie su cuerpo, no habrá mal alguno, ya provenga del odio de los hombres, ya de la cólera de los demonios, ningún género de calamidad pública ó privada que él no venza con su resignación.

De él podrá decirse con razón: cumplir y sufrir mucho es propio del cristiano.

El cristiano, en efecto, aquel que es considerado á justo título como digno de este nombre, no puede seguir en vano al Cristo paciente.

Habíamos aquí de la paciencia, no de esa vana ostentación del alma endureciéndose contra el dolor como lo manifestaron algunos filósofos antiguos, sino de la que, aplicando el ejemplo de Cristo que quiso sufrir la Cruz cuando pudo elegir la alegría, y que despreció la confusión, y pidiéndole los auxilios de su gracia, no retrocede ante ninguna pena, sino que las sobrelleva todas con regocijo así como la gloria de la Iglesia, como un favor del cielo.

La fé católica ha poseído y posee todavía discípulos penetrados de esta doctrina.

na, hombres y mujeres de todo país y de toda condición, dispuestos á sufrir, siguiendo el ejemplo de Cristo, todas las injusticias y todos los males por la virtud y por la Religión, apropiándose más aún el ejemplo que la palabra de Didymo: "Vamos también nosotros, y muramos con El." Que los ejemplos de esta admirable constancia se multipliquen cada vez más, y la fuerza de los estados y la gloria de la Iglesia crecerán incesantemente!

La tercera especie de males á que es preciso poner remedio, es, sobre todo, propia de los hombres de nuestra época. Los de las edades pasadas si bien estaban ligados de una manera á veces criminal á los bienes de la tierra, no desdaban enteramente, sin embargo, los del cielo; los más sábios de entre los mismos paganos enseñaron que esta vida era para nosotros una hospedería, no una morada permanente; que en ella debíamos alojarnos durante algún tiempo, pero no habitarla.

Los hombres de hoy, aunque instruidos en la fé cristiana, se adhieren en su mayor parte á los bienes fugitivos de la vida presente, no sólo como si estuviese borrada de su espíritu la idea de una patria mejor, de bienaventuranza eterna, sino como si quisieran destruirla enteramente á fuerza de iniquidades. En vano San Pablo les hizo esta advertencia: "No tenemos aquí una morada estable, sino que buscamos una que hemos de poseer algún día."

Cuando se pregunta cuáles son las causas de esta calamidad, se ve desde luego que en muchos existe el temor de que el pensamiento de la vida futura pueda destruir el amor de la patria terrestre y perjudicar la prosperidad de los Estados. No hay nada más odioso y más insensato que semejante pensamiento. Las esperanzas eternas no tienen por carácter absorber de tal manera á los hombres que los aparten por completo del cuidado de los bienes presentes. Cuando Cristo man-

dó buscar el reino de Dios, dijo que se le buscara primero; pero no que se dejara todo lo demás á un lado.

El uso de los objetos terrestres y los goces permitidos que de ellos se pueden sacar no tienen nada de ilícito, si deben contribuir al acrecentamiento ó á la recompensa de nuestras virtudes, y si la prosperidad y la civilización progresiva de la patria terrestre al manifestar de una manera espléndida en el mútuo acuerdo de los mortales, reflejan la belleza y magnificencia de la patria celestial. No hay en esto nada que no convenga á seres dotados de razón, ni que sea opuesto á los designios de la Providencia, porque Dios es á la vez el autor de la Naturaleza y de la gracia, y no quiere que la una sea opuesta á la otra, ni que haya entre ellas conflicto, sino que celebren en cierto modo un pacto de alianza, para que, bajo su dirección, lleguemos un día por el camino más fácil á aquella eterna felicidad á que fuimos destinados.

Pero los hombres egoístas dados á los placeres, y que dejan errar todos sus pensamientos sobre los objetos terrestres, y no pueden elevarse á más altura, en lugar de ser movidos por los bienes de que gozan á desear más vivamente los del cielo, pierden completamente la idea misma de la eternidad y van á caer en una condición indigna del hombre. En efecto, el poder divino no puede herirnos con pena más terrible que dejándonos gozar de todos los placeres de la tierra, pero olvidando al mismo tiempo los bienes eternos.

Evitará completamente este peligro aquel que se dé á la devoción del Rosario y medite atenta y frecuentemente los misterios gloriosos que en él se proponen. En estos misterios, ciertamente, nuestro espíritu toma la luz necesaria para conocer los bienes que no ven nuestros ojos pero que Dios, N6s lo creemos con firme fé, prepara á aquellos que le aman. Así aprendemos que la muerte no es un aniquilamiento que nos arrebatara y que nos destruyera todo, sino una emigración, y por de-

cirlo así, un cambio de vida. N6s percibimos claramente que hay una ruta hácia el cielo abierta para todos; y cuando nosotros vieremos á Cristo resusitar, n6s acordaremos de su dulce promesa: "Yo voy á prepararos un puesto." N6s creemos ciertamente que vendrá un tiempo "en que Dios secará todas las lágrimas de nuestros ojos, en que no habrá más luto, ni quejidos ni dolor, sino que estaremos siempre con Dios, parecidos á Dios, pues que le veremos tal cual es, gozando del torrente de sus delicias, conciudadanos de los santos," en comunión bienaventurada con María, su Madre y nuestra poderosa Reina.

El espíritu que considere estos misterios no podrá menos de inflamarse y repetir esta frase de un hombre muy santo: "Qué triste y pesada es la tierra cuando miro el cielo!" El gozará del consuelo de pensar "que una tribulación momentánea y ligera nos conquistará una eternidad de gloria."

Este es en efecto el único lazo que une el tiempo presente con la vida eterna, la ciudad terrestre con el cielo; esta la única consideración que fortifica y eleva las almas.

Si tales almas fueran el gran numero, el Estado sería rico y floreciente, se verían reinar la verdad, el bien, lo bello, según este modelo, que es el principio y el origen eterno de toda verdad, de todo bien y de toda belleza. Ya todos los cristianos pueden ver, como N6s lo hemos manifestado al principio, cuáles son los frutos y cuál es la virtud fecunda del Rosario de María, su poder para curar los males de nuestra época y hacer desaparecer los castigos que sufren los Estados; pero es fácil de comprender que sentirán más abundantemente estas ventajas aquellos que, inscritos en la santa Cofradía del Rosario, se distinguen por una unión particular y verdaderamente fraternal y por su devoción á la Santísima Virgen. En efecto, estas Cofradías aprobadas por la autoridad de los Pontífices Romanos, colmadas por ellos de privilegios y enrique-

Cofradías de piadosos fieles, allá se han fundado nuevas; hánse esparcido preciosos escritos sobre esto entre el pueblo, y hasta las Bellas Artes nos han proporcionado valiosos objetos.

Pero ahora, como si oyésemos la propia voz de esta Madre decimos: *clama, ne cesses*, queremos ocupar de nuevo vuestra atención, Venerables Hermanos, con el Rosario de María en el momento en que empieza el mes de Octubre, que Nos hemos consagrado á la Reina del cielo, y á esa devoción del Rosario, que le es tan grata, concediendo con tal ocasión á los fieles el favor de santas indulgencias.

El objeto principal de Nuestra Carta no será, sin embargo, ni escribir un nuevo elogio de una plegaria tan bella por sí misma, ni excitar á los fieles á que la recen cada vez más. Hablaremos de algunas preciosísimas ventajas que de ella se pueden obtener, y que son perfectamente adecuadas á los hombres y á las circunstancias actuales.

Nos hemos íntimamente persuadido, en efecto, de que la devoción del Rosario, practicada de tal suerte que procure á los fieles toda la fuerza y toda la virtud que en ella existen, será manantial de numerosos bienes, no sólo para los individuos, sino también para todos los Estados.

Nadie ignora cuánto deseamos el bien de las naciones, conforme al deber de Nuestro supremo apostolado, y cuán dispuestos estamos á hacerlo, con el favor de Dios. Nos hemos advertido efectivamente á los hombres investidos del poder que no promulguen ni apliquen leyes que no estén conformes con la justicia divina. Nos hemos exhortado frecuentemente á aquellos ciudadanos superiores á los demás por su talento, por sus méritos, por su nobleza ó por su fortuna, á comunicarse recíprocamente sus proyectos, á unir sus fuerzas para velar por los intereses del Estado y promover las empresas que pueden serles ventajosas.

Pero existe gran número de causas que en una sociedad civil relajan los lazos de la

disciplina pública y desvían al pueblo de procurar, como debe, la honestidad de las costumbres. Tres males, sobre todo, Nos parecen los más funestos para el común bienestar, que son: "el disgusto de una vida modesta y activa; el horror al sufrimiento, y el olvido de los deberes que esperamos."

Nos deploramos—y aquellos mismos que todo lo miran con criterio meramente natural y utilitario, reconocen el hecho y lo lamentan—Nos deploramos que la sociedad humana padezca de una espantosa llaga, y es que se menosprecien los deberes y las virtudes que deben ser ornato de una vida oscura y ordinaria.

De donde nace que, en el hogar doméstico, los hijos se desentiendan de la obediencia que deben á sus padres, no soportando ninguna disciplina, á menos que no sea fácil y se preste á sus diversiones. De ahí viene también que los obreros abandonen su oficio, huyan del trabajo, y, descontentos de su suerte, aspiren más alto, deseando una quimérica igualdad de fortunas: movidos de idénticas aspiraciones, los habitantes de los campos dejan en tropel su tierra natal para venir en pos del tumulto y los fáciles placeres de las ciudades.

Á esta causa debe atribuirse también la falta de equilibrio entre las diversas clases de la sociedad: todo está desquiciado; los ánimos están consumidos por el odio y la envidia; engañados por falsas esperanzas, turban muchos la paz pública ocasionando sediciones, y resistiendo á los que tienen la misión de conservar el orden.

Contra este mal hay que pedir remedio al Rosario de María, que comprende á la vez un orden fijo de oraciones y la piadosa meditación de los Misterios de la vida del Salvador y de su Madre. Que los "Misterios gozosos" sean indicados á la multitud y puestos ante los ojos de los hombres, á manera de cuadros y modelos de virtudes: cada uno comprende cuán abundantes son y cuán fáciles de imitar y propios para inspirar una vida honesta

ta los ejemplos que de ellos pueden sacarse y que seducen los corazones por su admirable suavidad.

Que se represente la casa de Nazareth, este asilo á la vez terrestre y divino de la Santidad. ¡Que modelo tan hermoso para la vida diaria! ¡Que espectáculo tan perfecto de la unión en el hogar! Reinan ahí la sencillez y la pureza de las costumbres; un perpétuo acuerdo en los pareceres; un orden que nada perturba; la mutua indulgencia; el amor en fin, no un amor fúgitivo y mentiroso, sino un amor fundado en el cumplimiento asiduo de los deberes recíprocos y verdaderamente dignos de cautivar todas las miradas.

Allí, sin duda, ocúpanse en disponer lo necesario para el sustento y el vestido; pero es con el sudor de la frente, *in sudore vultus*, y como quien contentándose con poco, trabajan más bien para no sufrir del hambre que para procurarse lo superfluo. Sobre todo esto, adviértese una soberana tranquilidad de espíritu y una alegría del alma igual á cada uno: dos bienes que acompañan siempre á la conciencia de las buenas acciones cumplidas.

Los ejemplos de estas virtudes, de la modestia y de la sumisión, de la resignación al trabajo y de la benevolencia hacia el prójimo, del celo en cumplir los pequeños deberes de la vida ordinaria, todas esas enseñanzas, en fin, que á medida que el hombre las comprende mejor, mas profundamente penetran en su alma, traerán un cambio notable en sus ideas y su conducta. Entónces cada uno, lejos de encontrar despreciables y penosos sus deberes particulares, los tendrá más bien por muy gratos y llenos de encanto; y gracias á esta especie de placer que sentirá con ellos, la conciencia del deber, les dará más fuerza para bien obrar.

Así, las costumbres se suavizarán en todos sentidos; la vida doméstica se deslizará en medio del cariño y de la dicha y las relaciones mutuas estarán lle-

nas de sincera benevolencia y de caridad.

Y si todas estas cualidades de que estará dotado el hombre individualmente se extienden á las familias, á las ciudades, al pueblo todo cuya vida se sujetará á estas prescripciones, es fácil de concebir cuántas ventajas obtendría con esto el Estado.

Otro mal funestísimo y que Nos no deploraremos bastante, por que cada día penetra más profundamente en los ánimos y hace mayores estragos, es la resistencia al dolor rechazando violentamente todo lo que parece molesto y contrario á nuestro gusto.

La mayor parte de los hombres, en vez de considerar, como sería preciso, que la tranquilidad y la libertad de las almas es la recompensa preparada á los que han cumplido el gran deber de la vida sin dejarse vencer por los peligros ni por los trabajos, se forjan la idea de un estado donde no habría objeto alguno desagradable y donde se gozara de todos los bienes que esta vida pueda dar de sí. Deseo tan violento y desenfrenado de una existencia tal, es fuente de debilidad para las almas que, si no caen por completo, se enervan por lo menos, de suerte que huyen cobardemente de los males de la vida, dejándose abatir por ellos.

También en este peligro puede esperarse del Rosario de María grandísimo socorro para fortalecer las almas (tan eficaz es la autoridad del ejemplo), si los misterios que se llaman *dolorosos* son el objeto de una meditación tranquila y suave desde la más tierna infancia, y si luego se continúa medítandolos asiduamente. En ellos se nos muestra á Cristo, autor y consumidor de nuestra fe, comenzando á obrar y á enseñar, á fin de que encontremos en El mismo ejemplos adecuados á las enseñanzas que nos dió sobre la manera con que debemos soportar las fatigas y los sufrimientos. El quiso sufrir los males más terribles con una gran resignación.